

JESUITAS CONTEMPORANEOS COMO AMIGOS EN EL SENOR

43

Resumen: ¿Cuál es la fuente de unión en la actual Compañía como signo de esperanza para nuestros tiempos? El autor encuentra la respuesta en la experiencia vivida: Primero, la amistad entre los jesuitas viene como un don del cielo, se nos da a cada uno con nuestra vocación a la Compañía. La amistad cimienta el crecimiento humano y la "devoción" divina. Pone la única base auténtica de la obediencia. Luego viene la conversación como el típico instrumento para la amistad y el apostolado. Describiendo un programa de Tercera Probación, el autor demuestra cómo la conversación aglutina la vida en la Compañía. Finalmente, el apostolado requiere que esta amistad se extienda a otros.

Los jesuitas siguen llamando la atención, aunque quizá no el afecto, de diversos escritores contemporáneos. A veces este interés ha provocado una gran fantasía creativa, en otras ocasiones el resultado ha sido más bien un análisis erudito. Una de las aportaciones más sensibles a la vida y obra actual de los jesuitas es la ofrecida por los Drs. Douglas Letson y Michael Higgins, dos estudiosos canadienses. Me fijo en dos pasajes de su obra: uno de su introducción y el otro de su conclusión. En la introducción los autores preguntan: "¿Por qué otro libro sobre los jesuitas?" Su respuesta es interesante en sí misma y en el contexto de la presente reflexión.

La Compañía de Jesús es importante porque, por encima de todos sus defectos humanos y de todas las excentricidades e inconsistencias de los compañeros que forman sus cuadros, la Orden de los jesuitas es un signo de que es posible una sociedad mejor, un reino en la tierra fuertemente arraigado en valores evangélicos y una victoria final de la caridad y la misericordia sobre la ambición y la concupiscencia. (Letson & Higgins, 1995, p. xi)

Para estos autores la Compañía de Jesús merece ser estudiada porque es un signo de esperanza para otros. En su conclusión estos autores subrayan de nuevo la esperanza que la Compañía de Jesús encarna y comunica.

Es éste un tiempo de crisis para la Compañía de Jesús...un microcosmos de la turbulencia que aflige a la Iglesia universal. Pero el futuro no es triste, es estimulante. Los jesuitas, después de todo, han conocido tiempos más difíciles. Sobreviven porque no constituyen ese bloque compacto de rígidas virtudes militares, que la historia y las polémicas les han hecho atribuido. Si algo hemos descubierto a través de nuestra investigación, de entrevistas y de rebuscar en archivos, es más bien el simple hecho de que los jesuitas son completamente distintos en sus talentos, diversos en sus tareas, cada vez más eclécticos en su formación, pero alimentados todos de la misma fuente, los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola. La espiritualidad de los *Ejercicios* y la persistente llamada del fundador de la Orden definen la esencia del Jesuita. Todo lo demás es cuestionable y flexible" (Letson & Higgins, 1995, p. 244).

Es significativo que Letson e Higgins localicen el actual poder de la vida y del trabajo de los jesuitas en términos de la esperanza que inspiran, que tomen esta virtud como marco-guía de su estudio, y que la utilicen como una conclusión que sintetiza sus descubrimientos. En esto prolongan el eco del párrafo inicial de la Parte X de las *Constituciones*, una contemplación sobre la esperanza dentro de la Compañía.

El hecho de que amigos de fuera de la Compañía perciban en nosotros razones para la esperanza y de que vinculen estas razones al poder de la tradición espiritual de la Compañía, confirma la importancia de lo que estamos haciendo estos días, cuando revisamos las fuentes de nuestra unión, buscamos comprenderlas mejor, y intentamos hallar caminos de promover la unión dentro de la vida y del trabajo de la Compañía. La vida interna de ésta, -su comunidad y su capacidad para atraernos como amigos en el Señor-, es un signo también de lo que podemos ofrecer a nuestro mundo, un testimonio de la acción de Dios dentro de nosotros. Con otras palabras, somos amigos en el Señor para la misión. Y nuestra amistad puede dar esperanza a otros.

Mis reflexiones surgen de la experiencia, como es la experiencia en la espiritualidad de la Compañía: "una experiencia personal, vital, arraigada en la fe, alimentada cada día en la oración y en la Eucaristía; tal, que nos haga aptos para cooperar con Dios al provecho espiritual de los creyentes y para comunicar el don de la fe a los no creyentes" (*Normas Complementares*, 65). Presento esta experiencia en tres capítulos: 1) La amistad como un don de lo alto; 2) la conversación como causa instrumental de la amistad; y 3) la ampliación de la amistad del jesuita a otros.

La amistad como un don de arriba

La amistad dentro de la Compañía es una experiencia y un don. Con esto quiero indicar que el descubrir, cuidar, extender y valorar la amistad entre nosotros, proviene

de encuentros no humanos, sino divinos. En el momento crucial de la elección recuerda Ignacio al ejercitante:

... que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios; de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige, es sólo por su Criador y Señor.
[EE184]

Optar por la Compañía es un caso clásico de elección ignaciana. Responde a una invitación *de Dios* a recibir un miembro de esta específica Compañía, -una Compañía que es un "camino hacia Dios" (*Fórmula*, I)-. En la formación del joven jesuita este camino conduce a lugares y tiempos privilegiados, -privilegiados en parte porque es *compañerismo en la Compañía* que lleva los hombres al Dios autor de su unión:

... en todo procurando y deseando dar ventaja a los otros, estimándolos en su ánima todos como si les fuesen superiores (Fil 2:3) y exteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa: en manera que considerando los unos a los otros, crezcan en devoción y alaben a Dios nuestro Señor, a quien cada uno debe procurar reconocer en el otro como en su imagen. (*Const.* 250)

Dentro de esta visión de formación para la amistad, el maestro de novicios tiene la función de ser modelo de este amor que es divino:

Ayudará que haya una persona fiel y suficiente que instruya y enseñe cómo se han de haber en lo interior y exterior y mueva a ello y lo acuerde y amorosamente amonesté; a quien todos los que están en probación amen, y a quien recurran en sus tentaciones y se descubran confiadamente esperando de él en el Señor nuestro consuelo y ayuda. (*Const.* 263)

*la amistad del jesuita es
inherente a la gracia de su
vocación*

Si las normas de las *Constituciones* significan algo, significan que la primera experiencia de vinculación dentro de la Compañía debería ser crear un entorno psico-religioso, una cultura, en la que la mutualidad del amar y ser amado sean como signos de la presencia y de la guía de Dios. Esta cultura clava sus raíces en la experiencia de la Cuarta Semana. Como ha destacado un distinguido comentarista, Cristo resucitado ofrece una

gracia de permanente amistad.

Completo en su propia evolución a través del tiempo, es ahora la perfecta manifestación de lo divino y, por lo tanto, capaz, como un amigo fiel, de causar la consolación con la que la afectividad total del ser humano es poseída por Dios. (Buckley, 1975, p. 103)

A otros, en este Coloquio, se les ha encargado explicar la tradición de la Compañía. Mi tema es simplemente mostrar que, desde la entrada de un individuo en el cuerpo de

la Compañía en adelante, se espera de él que sea capaz de lograr la unión con Dios y con sus hermanos en un "modo de proceder", mezcla de amistad, de respeto mutuo, de reverencia y de amor. Esta esperanza no es una imposición, sino más bien un desarrollo de la gracia recibida: la capacidad de ser amigo en el Señor, en virtud del poder del Señor que trabaja dentro del cuerpo de la Compañía. Al ser llamado a la Compañía, debe presumirse una capacidad de amistad dentro de la Compañía. La amistad del jesuita es inherente a la gracia de su vocación.

Así pues, la gracia de la vocación a la Compañía llama al hombre a ser amigo en el Señor para sus hermanos y por esta vinculación contribuye de modo significativo a la unión de la Compañía. ¿Cómo debe la Compañía, tal como existe en la actualidad, vivir esta realidad? Permítaseme desarrollar tres aspectos de lo que siempre es un proceso cíclico: las rutinas del vivir juntos todos los días; las relaciones con los superiores; y el progreso de compartir honradamente sobre lo que la experiencia aporta al apostolado. Permitidme una palabra acerca de cada uno de estos aspectos, que os invite a reflexionar sobre lo que vosotros mismos habéis experimentado en vuestra propia vida.

Las rutinas del vivir juntos cotidianamente

El ritmo de la gracia es generalmente uno que se adapta a las realidades humanas del crecimiento psicológico y social, y las últimas cuatro Congregaciones Generales han insistido con notable sensatez, sobre este principio en sus normas de formación (*Normas*, I25.2). En la Compañía existen obviamente diferencias culturales que deben ser respetadas. No obstante, creo que podemos hablar de la necesidad humana común de una gradual maduración en las relaciones y de la necesidad de tiempos y oportunidades para que las personas puedan llegar a conocerse unas a otras. La amistad es un proceso, no un producto. Requiere tiempo y tranquilidad, pide libertad y tiene su propio ritmo humano. La gracia de amistad del jesuita logra realizarse por medio de tales oportunidades y potencialidades.

Los jesuitas pasan gran parte de su tiempo juntos, haciendo cosas elementales que todo el mundo hace en una comunidad. Lo ordinario en nuestra vida es importante. Estas realidades sencillas pueden darnos un marco para desarrollar nuestra amistad en el Señor, si sabemos utilizarlas. Comiendo juntos, descansando juntos, reflexionando juntos sobre el presupuesto, nos rozamos unos contra otros. Aprender a vivir como la gente normal, puede no parecer heroico, pero es humilde y real, y un camino de imitación de Cristo.

Las *Constituciones* [250] hablan de cómo las interacciones diarias llevan a cada jesuita a "crecer en devoción", reconociendo en sus compañeros "la imagen de Dios nuestro Señor". En la realidad y humildad de la existencia de cada día, en el ritmo natural del intercambio humano hay cantidad de oportunidades para que suceda este crecimiento. Sin embargo, mi reciente experiencia, como instructor

las interacciones diarias llevan a cada jesuita a "crecer en devoción"...

de tercera probación de sujetos de diversos países, ha sido que este texto les proporciona no una renovación de principios perdidos, ni una confirmación de un modo habitual de proceder, sino más bien un descubrimiento. Con todo, Ignacio está hablando aquí de algo esencial sobre cómo hallamos a Dios en el otro y en la gente a la que servimos. Nos llama a confiar en que Dios está actuando en los hombres que El ha llamado a ser nuestros compañeros.

Algunas estrategias para encontrarlos en oración y en deliberación, en retiros comunes y días de formación, para facilitar nuestra convivencia mediante comidas y recreos más informales, son buenas. Pero esto es como reordenar el mobiliario. Los muebles no hacen por sí mismos una casa. Ni hacen que un grupo de individuos sea una comunidad. Me parece que hay dos realidades que subyacen en la base de las relaciones interpersonales y privadas del jesuita: una confianza y una intimidad "en el Señor". Por confianza entiendo lo que las *Constituciones* [250] disponen como un proceso; por intimidad entiendo lo que las *Constituciones* [263] describen como buena voluntad mutua en ambos sentidos, ser conocido y aceptar la autorrevelación de un hermano jesuita. Estas actitudes de confianza y de intimidad son el clima necesario para la amistad en el Señor. Sin ellas no puede surgir la amistad.

Relaciones con Superiores

La Parte VIII de las *Constituciones* muestra la estrecha relación entre la unión de la Compañía y el buen gobierno de la Compañía. Las modernas comunicaciones y viajes han resaltado aún más esta relación. El buen gobierno jesuítico es gobierno interpersonal: gobierno que establece relación con los sujetos de la Compañía. ¿Qué significa esto?

Primero, el gobierno de la Compañía está en la disposición de un Dios, de cuya bondad desciende un amor total para el fuerte y para el débil. Ignacio habla de como superiores y súbditos deben estar unidos en un amor divino que desciende "a todos próximos y en especial al cuerpo de la Compañía" (*Constituciones* [671]). Cada uno de nosotros llega a conocer este aspecto de Dios personal y repetidamente a través del ritmo de los Ejercicios. Lo que experimentamos también lo hacemos presente. Somos personas llamadas a hacer presente el amor invisible de Dios, que auténticamente nos reta, pero también profundamente nos perdona.

En segundo lugar, y más significativamente, nos hemos apropiado el nombre de Jesús, el que se complace en ser amigo de los pecadores, de los parias, de los marginados y hasta de los no-creyentes. Son obviamente necesarios prudencia y realismo en medir la propia resistencia. No obstante, el jesuita debe ser capaz de continuar y mediar, en el camino que Ignacio diseña, la misericordia y el perdón de Jesús para todos, hombres y mujeres.

Finalmente, el Espíritu que Jesús envía es un Espíritu de perdón y reconciliación. El confiarse en este Espíritu es confiarse en la vulnerabilidad de nunca renunciar a este deseo de reconciliación y del poder de perdonar.

La mística trinitaria de la Compañía, -la vía por la que participamos de la realidad del Padre, del Hijo y del Espíritu-, debe obrar dentro de nosotros tanto como expresa nuestro apostolado. Nosotros, jesuitas, debemos experimentar en nosotros mismos el amor reconciliador del Padre, del Hijo y del Espíritu, si hemos de expresar este amor reconciliador. Un importante cauce de este amor divino reconciliador en la Compañía es la presencia y la acción de los superiores. No quiero rebajar la responsabilidad que tienen los superiores de exigir a sus hermanos, de corregir sus defectos, de tomar decisiones fuertes sobre despedir a quienes socavan la vida apostólica de la Compañía y su vitalidad comunitaria. Pero el rigor del gobierno debe ser compensado con la misericordia del gobierno. La misericordia no es una estratagema pragmático o una sencilla técnica de dirección de la vida religiosa, sino más bien una manifestación del Dios que llama y sostiene la unión de la Compañía. Brevemente, si hablamos de unión de la Compañía, debemos prestar atención a cómo el gobierno ignaciano representa a Dios. Representar la autoridad de Dios es también representar a la autoridad de un Dios que perdona y reconcilia.

... algo esencial sobre cómo hallamos a Dios

Me gustaría volver a mi experiencia de Instructor de tercera probación. Algunos vienen a la tercera probación de experiencias de ser amados, incluso cuando han fracasado, tanto en sus propias aspiraciones espirituales y apostólicas, como en las cosas en las que les colocó la Compañía. Estos hombres sienten una profunda confianza y agradecimiento hacia la Compañía. Naturalmente, hay quienes, aprovechándose de la bondad de la Compañía, traducen perdón por debilidad y siguen abusando de la confianza de sus superiores. Pero esto no sucede en la mayoría de los jesuitas. Lo normal es que un jesuita tiene derecho a esperar perdón y reconciliación de la Compañía.

la obediencia del jesuita no es asunto de ascética, sino de mística

Si un jesuita ha encontrado superiores que tratan con él como amigos en el Señor, bendice esta relación con anchura de corazón. En correspondencia, esta apertura tiene ramificaciones enormes para las casas, provincias y para toda la Compañía. Somos nosotros los que creamos el clima de nuestra obediencia en una casa, en una provincia, o en la universal Compañía. Si los superiores están unidos ellos mismos por el amor que desciende de arriba, el cuerpo de la Compañía reflejará esta gracia. El gobierno interpersonal no es tanto cuestión de tiempo, cuanto de ambiente y comunicación, de confianza mutua entre superiores y hermanos jesuitas. El vínculo de la obediencia es la mutua confianza que Dios obra en ambos, aportando cada uno su punto de vista y aceptando el del otro. El corazón de la obediencia del jesuita no es asunto de ascética, sino de mística: un hallar a Dios, que lleva al acatamiento y al amor.

La experiencia compartida y el apostolado

El fin de la Compañía es el apostolado, no el cultivo de la vida comunitaria por sí misma. Sin embargo, cuando vivimos unidos y damos testimonio de amistad adulta a todos los niveles de la vida del jesuita, la realidad de gracia compartida no puede no influir en quienes comparten nuestro trabajo y en aquellos para quienes trabajamos. Es un aspecto importante cómo la amistad en el Señor de los jesuitas, la unión de los jesuitas entre sí, puede fortalecer el apostolado. Conviviendo mutuamente en común, aprendemos también que nuestra vida es una mezcla de éxitos y de fracasos, de alegría y de gozo, de sufrimiento y felicidad. Este ritmo de vida es importante para nuestra comunión. Exactamente como la humanidad de Jesús sirvió de retrato de Dios, nosotros debemos estar proyectando constantemente una imagen de personas que siguen hoy a Jesús. La capacidad de reconocer, comunicar y responder a los movimientos de nuestra vida determina la humanidad de nuestro trabajo apostólico. Utilizamos frecuentemente la expresión "nuestro modo de proceder" para expresar muchas cosas en la vida del jesuita que son sublimes. Debe significar también las muchas cosas que son ordinarias y que nos sitúan en la comunidad humana: la experiencia que deja en nuestras almas huellas de sabiduría, de valor, de perdón y tolerancia, o que deja en nuestras almas cicatrices de estupidez, miedo, enemistad, apasionamiento, prejuicio. Nosotros, jesuitas, debemos apreciar el enorme regalo que tenemos cuando hablamos entre nosotros con sencillez y verdad de lo que forma parte de nuestra vida ordinaria, con madurez capaz de comunicar lo que somos a los hombres con quienes convivimos. Esto nos lleva al tema del capítulo siguiente, el importante papel de la conversación en nuestras vidas. Pero antes, quiero formular algunas cuestiones que surgen de esta reflexión.

Todo lo que he subrayado como experiencia de unión de los jesuitas -la experiencia de la realidad a la que Dios nos llama porque somos jesuitas-, no tiene con frecuencia cabida en algunos jesuitas y en algunas comunidades. Tenemos las estrategias ignacianas, pero no siempre las entendemos, o tenemos miedo a usarlas, o las usamos solamente con otros de fuera de la Compañía simplemente como un "instrumento apostólico". ¿Cómo podemos entender y cumplir las *Constituciones* [250] y [263]? ¿Cómo podemos asumir el tipo de orientación que estos párrafos formulan para la vida de comunidad de la Compañía? Enfatizando la necesidad de una reciprocidad personal y comunitaria, de confianza, de perdón y de comunicación, ¿nos arriesgamos, por decirlo así, a hacer a la Compañía demasiado terapéutica, demasiado preocupada con la salud mental de sus miembros? ¿Cómo podemos superar el individualismo, al que se refieren tantos informes presentados desde todo el mundo a la GC 34?

*una madurez capaz de
comunicar lo que somos a
los hombres con quienes
convivimos*

La conversación como causa instrumental de la amistad

Este capítulo lo extraigo de mi experiencia personal como Instructor de tercera probación en un programa que incluía jesuitas de todas las partes del mundo. El P. Walter Farrell, mi ayudante, y yo descubrimos que el "aglutinante" del programa de tercera probación era la *conversación*, la capacidad de los tercerones de hablar abierta y sencillamente, unos con otros, sobre la totalidad de sus vidas como jesuitas. Esta capacidad de conversar unos con otros dependía de la clase de realidades que he descrito en la primera parte de mi presentación: los estilos de comunicación surgidos de la aceptación, de parte de la Compañía, de la gracia de Dios que desciende a la realidad de nuestras personalidades y a nuestras relaciones como jesuitas. En otras palabras, el programa sólo funcionaría si confiamos en el carisma de unión, que es parte de la vocación del jesuita.

*cada uno aportaba su
conversación con el Señor a
la conversación con los
hermanos*

No obstante, si la conversación iba a ser el método característico del programa, teníamos que establecer estructuras que invitaran a los tercerones a asimilar formas de conversación. Comenzamos con un sencillo proceso, no coactivo, de los catorce hombres compartiendo su autobiografía, su familia, sus historias y desarrollo social antes de su entrada en la Compañía. Cada tercerón hablaba alrededor de treinta minutos y dejábamos tiempo para reacciones y algunas cuestiones. Estos intercambios tenían lugar durante una serie de sesiones matinales, reservando las sesiones vespertinas a una preparación remota para el mes de Ejercicios. En otros términos, yuxtaponíamos la intensidad del retiro personal con el trabajo más ordinario del terceronado. Una vez completadas las sesiones de autobiografía, movíamos a la narración de fe de cada tercerón. Se trataba de sesiones más íntimas, más reveladoras de un diálogo del hombre con Dios. Comúnmente hacíamos esto en conexión con las sesiones vespertinas orientadas a la *Autobiografía* de san Ignacio. Como lo habrán reconocido, el proceso era una adaptación del *Examen General*. Las sesiones narrativas de historias de vida en paralelo a los capítulos segundo y tercero, mientras que las sesiones que recapitulaban la autopresentación de la Compañía expresaban los capítulos primero y cuarto.

Durante este mismo tiempo los dos directores de la tercera probación tenían una serie de conversaciones con cada tercerón sobre el mes de Ejercicios y sobre las opciones para el futuro experimento apostólico de cinco meses. Sentimos que esto daba a cada uno la oportunidad de conocernos y *viceversa*. A continuación de este período introductorio, les envíamos a la "villa" de nuestra provincia para tres días completos de descanso antes del mes de Ejercicios y como una oportunidad de estar juntos dentro del contexto de la unión conversacional que habían empezado.

El mes de Ejercicios, naturalmente, era de intenso silencio. Pero era también un tiempo de profunda conversación de los tercerones con Dios y con sus directores, y

*el proceso de unión
a través de la conversación*

también con la comunidad de tercerones entre sí por medio de la liturgia y de la comunión interior a la que Dios llama cuando los hombres buscan juntos conocer la voluntad de Dios. Los tercerones renovaban su comprensión de que el silencio no es la ausencia de palabras, sino la comunión de espíritu con Dios y con quienes, unidos entre sí, están buscando a Dios. Al concluir el mes de Ejercicios, de nuevo teníamos una serie de sesiones, en las que cada tercerón comunicaba su experiencia y sus deseos. Estos intercambios eran intensos y convincentes. Cada uno aportaba su conversación con el Señor a la conversación con los hermanos.

En el estudio de las *Constituciones*, que seguía al mes de Ejercicios, utilizábamos situaciones o casos concretos, reales o imaginados, como punto de partida. El objetivo era aplicar los principios de Ignacio a las realidades actuales, en las que estos ideales han de ser vividos. Los casos eran otra forma de conversación: hombres hablando sobre su carisma y la realización de este carisma en la vida común, en el servicio apostólico y en las necesidades de nuestro tiempo. Por otra parte, puesto que los tercerones representaban diversas razas, culturas e historias, había una constante necesidad de adaptar y clarificar, de confrontar y de corregir falsas ideas, incluso prejuicios. En consecuencia, la reconciliación llegaba a ser un aspecto importante de nuestra cultura conversacional.

No quiero hacer romanticismo de este proceso. No todos los tercerones eran fáciles de tratar, y su grado de participación era diverso; no todos sintonizaban con todos. Pero intentaban honradamente caminar el proceso de unión a través de la conversación. En este proceso formaban una comunidad, que podía compartir fracasos y éxitos. Lo que el proceso nos ha enseñado, -pienso yo-, es el camino por el que los jesuitas pueden llegar a ser amigos en el Señor por los medios ordinarios, que la Compañía ha establecido en su modo de proceder: la comunicación directa sobre nuestras vidas, la reflexión colectiva sobre oportunidades y problemas apostólicos, la liturgia, y una oración que vincula a los jesuitas con el Señor que ha llamado a cada uno.

la cultura de la Compañía es la del diálogo...

Puesto que hemos deliberadamente ubicado el programa de tercera probación dentro de una comunidad universitaria activa, los tercerones tienen que relacionarse también con una serie de jesuitas comprometidos en el apostolado en la Universidad Mercy de Detroit. La comunidad era acogedora y nos apoyaba, pero tenía su propia agenda apostólica. Nuestras liturgias eran abiertas a la comunidad; las recepciones comunitarias incluían a los tercerones; excepto durante el mes de Ejercicios, los tercerones comían con la comunidad. Esta apertura conversacional fue muy importante para los tercerones y para la comunidad formada, un mutuo control en la realidad.

Durante el tiempo en que los tercerones empezaban sus cinco meses de experiencias apostólicas, comenzaban a integrar la conversación como un instrumento de unión, de aprendizaje en la acción, de hacerse amigos en el Señor. Algunos tercerones se hicieron grandes amigos y continuaban comunicándose años después de su experiencia de tercera probación. Otros conocieron que nunca serían amigos íntimos de todos sus hermanos, pero, no obstante, llegaron a valorar el bien que cada ser humano representa. Lo impor-

tante fue el clima creado; un clima de comunicación y de respeto, fundado en una vocación compartida mediante la conversación.

Durante los cinco meses de experimento apostólico, nosotros visitamos a los tercerones en los Estados Unidos. Organizamos también una hoja informativa periódica para mantener a todos informados sobre los trabajos de los otros. En otras palabras, utilizamos los medios de comunicación recomendados en la Parte VIII de las *Constituciones* [673] como una forma de conversación y un ejercicio para la unión de mentes y corazones.

A continuación de los cinco meses de experimento apostólico, regresaban para su etapa final de tercera probación. Etapa que comenzaba y terminaba con conversación. Al principio cada uno revisaba las consolaciones y desolaciones, el sentido de confirmación de su mes de Ejercicios que habían descubierto en sus experiencias apostólicas. Al concluir la tercera probación, las conversaciones evaluaban el año y la orientación que cada uno tenía al terminarla. Resumíamos el estudio de las *Constituciones* y el trabajo de las cuatro últimas Congregaciones Generales, utilizando de nuevo el método de casos, como medio de orientar la asimilación personal de los ideales y principios de nuestra vida.

La vida de nuestras comunidades habituales no es la vida de un tercerón. Pero la vida de un tercerón debe preparar un sujeto a ser parte de la Compañía formada. La cultura de la Compañía es la del diálogo en nuestras relaciones personales, en nuestro gobierno, en nuestro trabajo apostólico. El cómo dialoguemos, o no, unos con otros, es crucial. Como directores de tercera probación, lo que esperamos que hayan aprendido son cauces para promover una comunidad, -o partes de una comunidad-, en una seria revelación personal sobre sus vidas, sobre su servicio de Dios, sobre sus esperanzas y frustraciones en sus apostolados. En la gran mayoría de los casos, los tercerones que han pasado por el programa de la provincia de Detroit han descubierto la cultura del diálogo como un elemento esencial para su asimilación de las gracias de la tercera probación. Los pocos que han hallado esta oferta coactiva o poco atractiva generalmente tenían otros problemas, en los que necesitaban seguir trabajando, especialmente su capacidad de confiar en los otros.

Un comentario final sobre el proceso de conversación utilizado. Insistimos en que las manifestaciones en las sesiones eran confidenciales. Lo que ha sido dicho en esta sala queda en esta sala; ni cotilleos, ni bromas, ni charlas de té, ni críticas fuera del espacio pactado que hemos intentado establecer. Esto surtió efecto. El ciclo de participación de las reflexiones personales era sagrado. Pero a lo que tenían miedo era a que nunca más tendrían un grupo que quisiera entrar en un diálogo así y comprometerse a respetar estas revelaciones. Quizá en este asunto tenemos un campo importante de discusión en este Coloquio. ¿Confiamos suficientemente entre nosotros como para utilizar las oportunidades ordinarias y espontáneas que tenemos para hablar unos con otros de nuestra vida de

*... en nuestras relaciones
personales, en nuestro
gobierno, en nuestro trabajo
apostólico*

apóstoles jesuitas? ¿Cómo pueden ser reproducidos en una comunidad jesuítica activa los ritmos y realidades espirituales de un programa de tercera probación intensamente focalizado?

Ampliación de la amistad del jesuita a nuestros compañeros de apostolado

Quiero presentar dos puntos. Primero: en cada una de nuestras obras de apostolado hay estructuras ya establecidas, para alargar nuestra amistad a nuestros colegas no-jesuitas. Segundo: el medio principal que tenemos para una unión efectiva de mentes y corazones con nuestros colegas en el apostolado es, una vez más, la conversación. En juntas de dirección, consejos, equipos y facultades tenemos una red en la que podemos comunicar la tradición ignaciana y los esfuerzos de los jesuitas por incorporar esta tradición en nuestras obras actuales. En cada una de éstas hay colegas interesados en conocer cómo pueden utilizar la tradición ignaciana para integrar su vida profesional y privada, y para orientar sus talentos y sus competencias y oportunidades profesionales. En cada una de nuestras obras hay hombres y mujeres que pueden asumir responsabilidades en el futuro de las parroquias, colegios, centros de retiro y centros sociales, en los que trabajamos. Este tríptico programático: comunicación, integración y formación de líderes, depende de la buena voluntad de los jesuitas para ampliar la experiencia de unión apostólica a sus amigos, -amigos que pueden no ser jesuitas, pero sí vinculados a los ideales y a la misión del jesuita. Sin embargo, no podemos extender nuestra comunión apostólica, si no ejercitamos nuestra comunión apostólica entre nosotros mismos. ¿Sabemos cómo transferir nuestra unión interna fraternal, a la comunión con nuestros colegas en el apostolado?

Conclusión

Introduje este tema con algunas reflexiones sobre la esperanza que otros ponen en la Compañía. Quiero terminar con lo mismo. La esperanza es una virtud que nos lleva al poder de Dios y a la fidelidad de Dios. El Dios que llamó a la Compañía a existir, guió sus principios, dirigió sus obras y clarificó su misión, continúa presente hoy en nuestra Compañía. Dios sigue siendo Dios, fiel y poderoso, actuando en cada generación de jesuitas, llevándoles a la comunión de su gracia y de su compañerismo. Esta es la conclusión de la Parte X de las *Constituciones* y debería ser la introducción a nuestro trabajo aquí. Las conversaciones de Dios con Ignacio le transformaron en un apóstol y en un hombre de increíble capacidad para la amistad. Las conversaciones de Ignacio con sus compañeros les transformaron en un cuerpo apostólico en la Iglesia.

Este proceso no es posesión nuestra, sino nuestro don y, como tal, el más precioso de todos para nosotros. Somos amigos en el Señor por voluntad de Dios. El punto de mira de estos días es cómo cumplimos nuestro encargo.

Bibliografía selecta

- Constituciones de la Compañía de Jesús y Normas Complementarias* (1995).
- Bloom, Allan. (1993). *Love and Friendship*. New York: Simon & Schuster.
- Boyle, Marjorie O'Rourke. (1997). *Loyola's Acts, The Rhetoric of The Self*. Berkeley: University of California Press.
- Buckley, Michael S.J. (1975). "The Contemplation To Attain Love," *The Way Supplement* 24.
- Clancy, Thomas H., S.I. (1978). *The Conversational Word of God, A Commentary on the Doctrine of St. Ignatius Loyola concerning Spiritual Conversation, with Four Early Texts*. St. Louis: Institute of Jesuit Sources.
- Conwell, Joseph F., S.I. (1997). *Impelling Spirit, Revisiting a Founding Experience: 1539, Ignatius Loyola and His Companions*. Chicago: Loyola University Press.
- Gray, Howard J., S.I. (1996). "Foundations," *The Way Supplement* 85.
- Kennedy, Eugene. (1982). *On Being A Friend*. New York: Ballantine Press.
- Letson, Douglas & Michael Higgins. (1995). *The Jesuit Mystique*. Chicago: Loyola University Press.
- Little, Graham. (1993). *Friendship, Being Ourselves with Others*. Melbourne, Australia: Text Publishing.
- Norton Book of Friendship*, editado por Eudora Welty and Ronald A. Sharp. (1991). New York: Norton.
- O'Malley, John W., S.I. (1993). *Los primeros jesuitas*, trad. de Juan A. Montero, Colección Manresa, vol 14, Santander-Bilbao: Sal Terrae-Mensajero.
- Osuna, Javier, S.I. (1998). *Amigos en el Señor. Unidos para la dispersión*, Colección Manresa, vol 18, Santander-Bilbao: Sal Terrae-Mensajero.
- Ravier, André, S.I. (1973/1991). *Ignacio de Loyola. Fundador de la Compañía de Jesús*, Madrid: Espasa Calpe.
- Schineller, J. Peter, S.I. (1986). "Conversation in Christian Life and Ministry," en *Ministerial Spirituality and Religious Life*, editado por John M. Lozano. Chicago: Claretian Press.